

La estrella fósil

Mercedes Replinger

“Hemos vivido demasiado tiempo bajo el terror de la perfección del Demiurgo...que amaba las materias perfectas y complicadas, nosotros damos prioridad a la pacotilla. Simplemente nos cautiva, nos encanta lo barato, lo chapucero, lo defectuoso...tal es nuestro amor por la materia esencial, por su esponjosidad y porosidad, por su única consistencia mítica...amamos su chirriar, su resistencia, su deformidad misteriosa”
(Bruno Schulz: *Tratado de maniqués o el segundo libro del Génesis*)

La artista como “flâneur” recorre la ciudad desentrañando misterios, observando los rincones apartados, deteniendo la mirada sobre aquellos objetos despreciados que ya nadie desea, rechazados por viejos o inservibles; objetos averiados e inútiles que muestran en su desamparo una existencia más sugerente que aquella que conservamos celosamente en el interior de nuestras casas. Ellos, los fragmentos desechados, proyectan una sombra tenebrosa sobre nuestra memoria, relatan en su abandono una historia del desorden y de lo incomprensible, todo aquello que queremos dejar fuera del cerco de la certeza. La operación de Susan Nash, sin embargo, no se limita a rescatar a estos objetos de su próximo destino como basura. Con ellos construye, en la mejor tradición constructivista, composiciones de una geometría precisa, como la estupenda *Los cuatro puntos cardinales en la mesa*, una composición casi suprematista realizada sobre el interior de una tabla de aglomerado de una mesa camilla abandonada; o *Trono de sangre*, un antiguo perchero transformado en marco de objetos inquietantes. En definitiva, no realiza collages, no se trata de introducir el “objeto encontrado” en la calle como un elemento decorativo más de la composición pictórica; la artista se escapa de la tradición del “objet trouvé”, no intenta realizar ningún rescate del fragmento, no busca salvar a la ruina de su estrepitoso e inmediato fracaso, sino descubrir en ese objeto encontrado, puerta, ventana o madera, la geometría exacta a la que pertenece, la forma inevitable a la que estaba destinada, precisamente como objeto fortuito y abandonado.

De hecho, a primera vista no se percibe cuál ha sido la función originaria del objeto, aparentemente oculto bajo el propio lenguaje de la pintura, como en *Dos mapas y un paisaje* construidos sobre los rodapiés de madera que dibujan un territorio extraño, un paisaje desdoblado en su representación y su cartografía. Susan Nash no quiere salvar los objetos de su destino, sino leer su lenguaje secreto, el contenido defectuoso y por ello contaminado que ofrecen a la mirada como auténtica materia artística. En realidad, el auténtico “objeto encontrado” de estas composiciones es la propia geometría y no las puertas y ventanas, los armarios y repisas recogidos en la calle. En *Sputnik*, por ejemplo, la distribución de las formas, la composición del cuadro, ya viene determinado por la geometría de la encimera de una cocina rescatada de la calle. El título de una de estas pinturas recoge perfectamente esta idea, *La puerta y sus habitantes*, un laberinto geométrico en el interior de una puerta construido según una lógica propia que la artista tan sólo subraya al descubrir el panel que la cubría. El método de elaboración es tan sorprendente que, cuando la artista construye sus propios soportes parece imitar los objetos encontrados en la calle, como en *Criba*, donde el bastidor de la pintura con tela metálica parece en realidad la puerta de una alacena. Reversibilidad.

Dice Susan Nash sobre su obra, “me gusta trabajar con objetos encontrados, arrancados de su contexto habitual, rechazados. El encuentro se produce por afinidad. Los utilizo para mis propios fines, pero trato de respetar su carga de pasado y me gusta pensar que finalmente los hago visibles”. Visibilidad del “objeto encontrado”, que adquiere una dimensión nueva en esta exposición para un espacio de arte que fue originariamente una antigua fábrica de bombillas. La artista ha querido, igual que en sus pinturas, rescatar la memoria del anterior uso que tuvo este espacio, iluminando como un fogonazo todo el lugar mediante la instalación de una gran pirámide en rojo, azul y negro que remiten a los

colores dominantes de su obra, para que introduzca al visitante en el espacio. Una pirámide sobre arena, con extraños grafismos, cifras y mensajes; un compendio simbólico del antiguo uso de ese espacio, relacionado con los cuatro elementos primordiales: tierra, fuego, aire y agua; elementos que entran en la composición de la bombilla. Un objeto transparente, generador de luz y calor, que a su vez está conectado con la tierra, la arena que forma parte de la elaboración del vidrio. Una especie de fósil encontrado en la ciudad, en realidad un fósil de ciudad. Recordemos, los surrealistas vagabundeaban por las calles, decían , para hacer *botánica de asfalto*.